na, la tropa y el vecindario, llevando al frente al intrépido é imperturbable gobernador. Empezó á subir una columna enemiga por la brecha de Santa Lucía, donde mandaba el irlandés Marsahll, y fueron dos veces repelidos, dejando muchos cadáveres en la misma brecha. Quedó, por desgracia, herido de gravedad Marsahll, que murió á poco rato diciendo: "que moria contento por tal causa y por nacion " tan valiente." Por las brechas de Atemanes y de San Cristóbal quisieron penetrar otras dos columnas enemigas; pero fueron rechazadas á la bayoneta, y abrasados por el fuego que se les hacia de todos lados. Tambien padeció mucho otra columna que se situó junto á la torre de la Gironella. Despues de tres horas de una lucha sangrienta se retiraron los franceses, habiendo perdido 2.000 hombres, entre ellos muchos oficiales de graduacion: de los nuestros murieron de 300 á 400, de los cuales algunos eran oficiales que se señalaron por su valor: tambien murieron algunas mujeres de la compañía de Santa Bárbara, pues habia acudido ésta á repeler la agresion, lo mismo que los clérigos, los frailes, niños, ancianos y toda clase de personas sin distincion, y sin la menor confusion; ocupando cada uno el puesto que le estaba señalado, todo por disposicion del digno gobernador, que mientras duró el conflicto acudia á todas partes y á todo proveia. Conocieron los franceses la clase de enemigos con quienes tenian que habérselas, y se abstuvieron de volver á asaltar la plaza, convirtiendo el sitio en bloqueo, y confiando al tiempo, á la hambre y á las enfermedades la empresa, que á ellos no les era dado el alcanzar.

Quiso segunda vez D. Joaquin Blake socorrer y proveer á Gerona. Para ello se movió con 12.000 hombres, y el 26 de Setiembre ocupó las alturas de La Bisbal, á dos leguas de Gerona. Envió delante con la vanguardia á D. Enrique Odonnell, y en seguida al general Wimpffen con el convoy que se componia de 2.000 acémilas y algun ganado lanar, permaneciendo Blake en las alturas de La Bisbal. Observó este movimiento Saint-Cyr, é interponiéndose entre Odonnell y Wimpffen interceptó el convoy, y solo pudieron entrar en Gerona 170 cargas, habiendo perdido los nuestros en esta jornada como 2.000 hombres.

Conseguianse algunas ventajas en el Principado por las tropas y migueletes, y tambien por los ingleses en aquellas aguas; pero nada aprovechaban á Gerona, acosada cada dia mas con la escasez y las enfermedades. Por su parte los franceses, reforzados de nuevo apretaban el cerco, é impedian con el mayor cuidado que los paisanos de las inmediaciones introdujesen víveres en la plaza: y como solo se habian acopiado para cuatro meses, y ya habian trascurrido cinco, la penuria era estrema, y de ella nacieron tantar enfermedades que ya no cabian los enfermos en los hospitales. Intentó Blake por tercera vez socorrer á los sitiados, y tampoco pudo conseguirlo. Habia sucedido á Saint-Cyr el general Augereau, quien por medio de soldados, paisanos y aun frailes intimó varias veces la rendicion de la plaza, aunque en va-

no. Entrado ya Noviembre, presentaba Gerona un cuadro espantoso. Era tal la carestía, que costaba una gallina 16 duros y un raton 5 reales. No habia medicinas, ni alimentos, ni fuego para los enfermos: hacianse con esto incurables las heridas, y añadiase el contagio: la ciudad entera era la mansion del dolor y de la muerte. En tan horrorosa situacion se abatian hasta los mas animosos. Proponian algunos salir y abrirse paso por entre los enemigos; hubo quien se determinó á hablar de capitulacion delante del gobernador. "¡Cómo! le dijo este con viveza, ¿solo vd. es aquí cobarde? Cuando ya no haya víveres nos comeremos á vd. y á los de su ralea; y despues resolveré lo que mas convenga."—"Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos, que los que ocupan los segundos tienen órden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo mas daño que el mismo enemigo." Así se esplicaba en un bando que publicó por aquellos dias este militar de tan terrible temple.

Conmovido el Principado de Cataluña con la resistencia sobrehumana de Gerona y con las inmensas desgracias que la aquejaban, resolvió en junta general, reunida en Manresa, un alzamiento general para hacer á los franceses levantar el sitio, ó á lo menos socorrer la plaza. Lo supo Augereau, y en la noche del 2 de Diciembre empezó de nuevo las embestidas: ocupó el arrabal del Cármen, levantó nuevas baterías, ensanchó con la artillería las brechas antiguas, y abrió otras de nuevo; pero no se

atrevió á dar el asalto contra unos espectros, porque ya no eran hombres los que moraban en Gerona: tales eran en España aquellos mismos franceses que se gloriaban de haber vencido y subyugado á todos los pueblos del continente. El dia 7 se apoderó del reducto de la ciudad y de las casas de la Gironella, impidiendo la comunicacion con los fuertes, cuya guarnicion solo contaba con una miserable racion para dos dias. La socorrió con todo Alvarez con trigo para otros tres dias: no habia para mas. En la tarde del mismo dia 7 quisieron los enemigos intimar la rendicion á la plaza, pero no pudieron: el gobernador no era hombre que retrocedia. Rompieron pues el fuego por todas partes, é impidieron con una nueva batería el paso del puente de piedra. No por eso decaia el ánimo del gobernador Alvarez: nadie se atrevia á pronunciar la palabra capitulacion.

Pero Alvarez estaba enfermo con tercianas hacia ya dias: su espíritu, se puede decir que era de bronce, mas no lo era su cuerpo, y el dia 4 cedió á una calentura nerviosa que le postró y puso en peligro de muerte. A pesar de todo, prosiguió mandando hasta el dia 8 en que le sobrevino el delirio: remitió este al dia siguiente, y trasfirió el mando al teniente de rey D. Juan Bolivar. Siguió agravándose la enfermedad; se le administró el sacramento de la Extrema-Uncion, y se desconfió enteramente de su vida.

Angustiado se vió Bolivar en aquellas circunstancias. Nombró una junta militar, y reunió la municipal. Pesaba á todos en gran manera haber de entregarse á los franceses; pero ya no era posible de-

fenderse por mas tiempo. Habia llovido mucho en aquel otoño; formáronse charcos en las calles, que por la mayor parte habian sido desempedradas; juntáronse las aguas con las inmundicias; yacian insepultos los cadáveres, y todo corrompia é inficionaba el ambiente que respiraban aquellas víctimas de lealtad, las cuales, hundidas sus casas, tenian que vivir entre ruinas. Habia siete brechas abiertas, todas practicables, y algunas muy anchas; habian muerto cerca de 6.000 soldados y 4.000 paisanos; solo habian quedado 1.100 combatientes, escuálidos, casi cadáveres: nada de subsistencias, ningun alivio, ninguna esperanza de socorro, porque el congreso catalan habia avisado que no era posible proporcionarlo tan pronto. Si Gerona hubiera estado provista, al heroismo de la defensa de sus muros, se hubiera seguido, como en Zaragoza, la defensa heroica de sus calles, de sus templos y demas edificios, de sus casas, de sus aposentos; y los franceses, cuya arrogancia habia quedado humillada delante de una flaca y antigua muralla, hubieran encontrado el espanto y el terror, y mil géneros de muerte dentro del recinto de la ínclita ciudad.

Por fin Bolivar, de acuerdo con la junta militar y la del corregimiento, envió al campo de los sitiadores, para tratar de capitulacion, á D. Blas de Fournas, que bien recibido del generál Augereau, ajustó con él una capitulacion, tan favorable como podia ser en aquellas circunstancias, tanto para la guarnicion como para la ciudad y forasteros que se hallaban en ella. Los franceses entraron en la plaza el

dia 11 de Diciembre por la puerta de Arenys, y les asombraron los efectos de una resistencia á que no estaban acostumbrados en ninguna de sus guerras.

Emplearon los franceses en el sitio de Gerona 40.000 hombres. Levantaron 40 baterías y arrojaron contra la plaza 60.000 balas de cañon y 20.000 bombas y granadas. Contra tantas fuerzas, contra tantos medios de destruccion se resistió siete meses una pequeña y mal fortificada plaza, defendida por una corta guarnicion; y al fin no fué un ejército ni su artillería el que la rindió: fué el hambre.

Volvió al cabo en sí el dignísimo gobernador D. Mariano Alvarez, y el dia 23 de Diciembre le sacaron los franceses de la ciudad y le condujeron á Francia. Poco despues le volvieron á España y le encerraron en Figueras en un calabozo, donde hay razones muy fuertes para creer que le quitaron al instante la vida, sin duda por órden de Napoleon: el héroe de la Francia fué en España un asesino envidioso y ruin. La Junta Central, y despues las córtes reunidas en Cádiz, decretaron honores bien merecidos al valor y lealtad de D. Mariano Alvarez: en el año de 1815 el capitan general de Cataluña D. Francisco Javier Castaños celebró en Figueras las honras funerales, y en una lápida que fijó en la misma prision donde habia entregado al Criador aquella alma grande, trasmitió su nombre á las futuras generaciones.

Poco antes, y al mismo tiempo del célebre sitio de Gerona, seguia la guerra sin intermision en las demas provincias. Despues de la batalla de Medellin

intimó el mariscal Victor, que se hallaba en Mérida, la rendicion á Badajoz, enviando algunas tropas contra aquella plaza: la respuesta fué la metralla. Segun las órdenes de Napoleon, debian entrar el general Lapisse por Ciudad-Rodrigo y Victor por Extremadura en Portugal, á unirse con el mariscal Soult. No pudieron verificarlo, por tener interceptada la comunicacion con el ejército francés que operaba en Portugal: tampoco la tenian espedita entre sí, Victor y Lapisse, por haber apostado el general inglés Wilson dos batallones en el puerto de Baños. Se alzó tambien la poblacion por todo aquel país, por lo que pasó Lapisse á reunirse con Victor en Extremadura, cayendo sobre Alcántara por el puerto de Perales. Defendian los paisanos el puente de aquella villa; pero les hicieron retirar los franceses, y entraron en el pueblo, donde cometieron los escesos de costumbre. Se detuvieron allí poco tiempo, y siguieron de noche su marcha por temor de D. Cárlos España, que les iba á los alcances, y que entró en Alcántara efectivamente al otro dia. Lapisse se reunió en Mérida con Victor el dia 19 de Abril. Quisieron los dos entrar en Portugal y avanzaron en aquella direccion, volviendo á pasar el Tajo por Alcántara; pero temerosos de un cuerpo de ingleses que se les oponia, retrocedieron á Extremadura.

Mandaba en esta provincia el general Cuesta el ejército español, aumentado y mejorado: partidas gruesas incomodaban á los enemigos y les causaban daños de consideracion, acometiéndolos cuando tenian oportunidad, interceptando correos y dificultando las comunicaciones: lo mismo hacian los naturales, con lo que estaban sumamente aburridos los franceses, y tuvieron que repasar el Tajo y situarse en Plasencia. Permanecieron poco tiempo en aquella ciudad, porque asustado José con la estancia de Blake en Aragon, y la llegada de Venegas á la Mancha, donde obtuvieron sus tropas algunas ventajas contra las enemigas, ordenó al mariscal Victor que le enviase una division de infantería y la caballería ligera, y con el resto del ejército se aproximase á Talavera. Con esta fuerza, la que él tenia y el cuarto cuerpo que mandaba Sebastiani, se encaminó José á la Mancha y llegó á Ciudad-Real. Habia bajado Venegas de Sierra-Morena con 19.000 infantes y 3.000 caballos; pero juzgó prudente no aventurar una batalla, y se retiró á Santa Elena.

Acercábase ya el dia de la célebre batalla de Talavera, que pasarémos á describir sucintamente, omitiendo varios encuentros parciales que hubo en este intermedio, las contestaciones que mediaron entre Cuesta y el general inglés, los movimientos del español, y todo lo demas que precedió á la batalla, por no alargarnos mas de lo que permite la naturaleza y el objeto de nuestro trabajo.

Escogióse para campo de la batalla el terreno que desde Talavera se estiende hasta mas allá del cerro de Medellin por espacio de tres cuartos de legua. Reunian los españoles 34.000 hombres, inclusos unos 6.000 de caballería, todos á las órdenes de Cuesta, y los ingleses 3.000 caballos y mas de 16.000 infantes al mando de sir Arturo Wellesley. Colocáronse las

tropas en los puntos convenientes. Cinco eran las divisiones españolas y dos las de caballería, ademas de la reserva y la vanguardia. Mandaba esta D. José de Zayas, la reserva D. Juan Berthuy, la primera division de infantería el marqués de Zayas, la segunda D. Vicente Iglesias, la tercera el marqués de Portago, la cuarta D. Rafael Manglano, la quinta D. Luis Alejandro Bassecourt, la primera de caballería D. Juan de Henestrosa, y la segunda el duque de Alburquerque. Los ingleses tenian cuatro divisiones mandadas por los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

Moviéronse los enemigos al amanecer del 27 de Julio con una fuerza de 50.000 hombres al mando inmediato de José, acompañado de Victor, Sebastiani y otros generales; un cuerpo que pasó el Alberche por un vado, llegó sin ser visto hasta donde estaba el general Mackenzie, en cuya division causó algun desórden, y hubo de caer en poder de los enemigos el general Wellesley, que estaba observando los movimientos. Mas al fin se reunieron aquellas tropas al ejército. Rompieron los franceses el fuego á la caida de la tarde. Formaban los españoles en la derecha, y contra ella dió el enemigo una carga tan impetuosa de caballería, que hizo cejar á los cuerpos de Trujillo y Badajoz y Leales de Fernando VII; pero le contuvo la artillería y el fuego de los otros cuerpos. Ocupaba el general inglés Hill el cerro de Medellin, de subida difícil, ceñido ademas por delante por un profundo arroyo, y por otro lado por una cañada. Allí, no obstante, le acometieron los

franceses con tanta vehemencia, que los ingleses bajaron por la parte opuesta con la mayor precipitacion, quedando herido el caballo de su general; pero éste, reanimando á sus soldados, volvió á posesionarse del cerro. Aun despues de bien entrada la noche, se empeñaron los franceses en recobrar el cerro y le acometieron con mucho brio: los ingleses, no obstante, se mantuvieron firmes, y tuvieron aquellos que desistir, aunque solo hasta el amanecer, en cuyo tiempo le embistieron de nuevo, y con mucho brio, y prolongaron y renovaron varias veces sus acometidas con la mayor terquedad: murió mucha gente de una y otra parte, y quedó herido el general Hill; mas por último cesaron de acometer los franceses.

Hubo una suspension por espacio de tres horas: al mediodia acometieron los franceses el centro: quisieron apoderarse de un reducto: el resultado fué tener que retroceder desordenados, despues de haber sufrido una gran pérdida, causada por la artillería, y por los ingleses que cargaron sobre ellos en seguida. Repitieron sus embestidas varias veces, y queriendo, por último, interponerse entre los ingleses y los españoles, los flanquearon estos, é hizo en ellos gran riza una batería dirigida por D. Santiago Piñeiro. En seguida cargó sobre ellos con la mayor gallardía nuestro regimiento de caballería del rey, y arrolló cuanto encontró por delante, proporcionando con su arrojo que se apoderasen los nuestros de diez cañones. Al mismo tiempo acometian otra vez los enemigos el cerro de Medellin, y eran rechazados animosamente por ingleses y españoles.

Seguia la pelea en el centro; y por el escesivo arrojo de los guardias ingleses, que habiendo repelido las columnas enemigas avanzaron demasiado, y fueron rechazados á su vez, resultó bastante confusion en la línea; mas llegó á tiempo un regimiento inglés enviado por Wellesley, restableció el órden y contuvo á los franceses, que por fin abandonaron el campo. Perdieron los franceses en la accion unos 7.400 hombres y 17 cañones: los españoles 1.200 y los ingleses mas de 6.200. La Junta Central condecoró á Cuesta con la gran cruz de Cárlos III, y nombró capitan general del ejército á Wellesley, á quien el gobierno inglés confirió tambien la dignidad de Par de Inglaterra con el título de Lord vizconde Wellington de Talavera.

Se retiraron los franceses el dia 29 en varias direcciones. No les siguió el ejército anglo-hispano; pero con la noticia de que el mariscal Soult con 50.000 hombres habia pasado el puerto de Baños, y entrado en Plasencia el dia 1º de Agosto, se resolvió que los ingleses irian al encuentro de Soult, y que los españoles permanecerian en Talavera en oposicion del mariscal Victor, que habia tomado hácia Maqueda y Santa Cruz del Retamar. Lord Wellington se puso efectivamente en movimiento; pero el general Cuesta, temiendo no poder resistir á las fuerzas de José y de Victor que volvian á reunirse, desocupó á Talavera, y se juntó con los ingleses en Oropesa.

Pasaron ingleses y españoles el puente del Arzobispo, quedando de estos para custodiarle la quinta division y 3.000 caballos para guardar los vados.

Á poco acometieron los franceses el puente, al mismo tiempo que con 800 caballos pasaron un vado sin la menor resistencia, por descuido de los nuestros. Esta caballería acometió por la espalda á los que defendian el puente con mucho valor. No habia allí mas caballería que 300 húsares del regimiento de Extremadura; y sin embargo, no pudieron los caballos franceses hacerles retroceder. Por desgracia, la demas caballería nuestra que estaba en observacion de los vados, tardó tanto tiempo en llegar, que la enemiga tuvo el suficiente para cruzar toda el rio, y auxiliada de alguna infantería dispersó á los nuestros, que perdieron equipajes y cañones.

Habianse agolpado desde Aranjuez hasta Portugal, siguiendo el curso del Tajo, muy cerca de 20.000 hombres entre aliados y enemigos. De estos habia concurrido tambien el mariscal Ney, quien retrocediendo á Salamanca con las tropas de su mando, se encontró inesperadamente en el puerto de Baños, con una vigorosa y recia oposicion. El general inglés Wilson, que mandaba 4.000 hombres entre españoles y portugueses, se habia encontrado solo y sin saber la ruta que llevaba el ejército; por lo que por medio de una marcha apresurada y muy arriesgada, vino á parar desde Velada al puerto de Baños, con ánimo de dirigirse desde allí hácia Plasencia. A este tiempo llegó Ney: dos batallones españoles que se hallaban mas avanzados, le disputaron enérgicamente el paso hasta la altura, donde estaban los portugueses; y solo por su número escesivamente superior pudieron pasar las tropas de Ney. Las de Soult se man-

tuvieron en Extremadura, cometiendo las demasías y atrocidades que tenian de costumbre; una de ellas, entre otras muchas, la de haber sacado de la cama, en que estaba postrado, al obispo de Coria, de 85 años de edad, y haberle arcabuceado bárbaramente. ¡Y estos hombres llamaban bárbaros á los españoles!

El general Venegas tambien se habia adelantado hasta el Tajo, con lo que causó un gran sobresalto á la corte de José, que por lo mismo se propuso deshacerle, si podia, ó cuando menos, alejarle de Madrid cuanto pudiese. A últimos de Julio llegaron sus tropas hasta Aranjuez, y aun se adelantó un destacamento á la cuesta de la Reina, donde hizo huir á otro de los enemigos, cogiendo algunos prisioneros. El dia 5 de Agosto apostó sus divisiones en actitud de defender el Tajo, por la parte de Aranjuez. Acometieron los franceses el mismo dia á las dos de la tarde; pero tuvieron que retirarse al anochecer, con pérdida de 500 hombres: nosotros perdimos 200.

No habiendo podido los franceses pasar el Tajo por Aranjuez, lo pasaron el 9 de Agosto por Toledo y por los vados de Añover. El dia 10 reunió el general Venegas sus fuerzas en Almonacid; y creyendo que los enemigos solo contaban 14,000 hombres, resolvió atacarlos con acuerdo de los demas generales. No era así: los franceses reunian 26.000 infantes y 4.000 caballos; y pensando Venegas acometerlos el dia 12, se anticiparon ellos y le acometieron el dia 11. Tomaron posicion los españoles delante de Almonacid. El general enemigo Sebastiani acometió nuestra izquierda, que logró desordenar; pero acudiendo D. Luis Lacy

con la mayor parte de una division y alguna caballería, rechazó á los enemigos. Recibió refuerzo Sebastiani y acometió el centro, en el cual la quinta division empezó á titubear: no así la cuarta, que se batió con valor. El mismo manifestó en sus cargas la caballería; de modo que se tenia por segura la victoria. En esto llegó José con mayor refuerzo: acometió y rompió la quinta division, que ya desde el principio habia mostrado bastante flaqueza; con lo cual llegó el enemigo hasta el cerro del castillo, adonde subió, aunque lo defendieron los nuestros con teson. Viendo esto Venegas, ordenó la retirada, que se emprendió con órden, si bien despues, habiéndose volado algunos carros de municiones, se espantaron los caballos, corrieron sin direccion, y causaron bastante desórden en la tropa. Con todo, llegaron las divisiones á Talavera, donde se esparció la voz entre la caballería de que el ejército estaba cortado, y los soldados se desbandaron, dirigiéndose sin embargo á Sierra-Morena, donde se reunieron, y volvió á organizarse el ejército. Nuestra pérdida en la batalla de Almonacid fué de 4.000 hombres, la de los franceses de 2.000. Pero tanto en esta batalla, como en todas las demas que la habian precedido, estaban muy lejos los españoles, aunque bisoños, mal alimentados y vestidos, de ser tan despreciables como los pintaban en sus mentirosos partes los enemigos: la relacion fiel, aunque sucinta, que hacemos de las acciones de guerra entre una y otra tropa, lo da bien á conocer, presentando un público testimonio de lo contrario: y dudamos que ningunos soldados del mundo hubiesen

peleado mejor, atendido el constitutivo de nuestros ejércitos, formados tumultuariamente, sin tiempo para haberse instruido y aguerrido, escasos de todo y generalmente mal armados; y considerada la completa organizacion y armamento del ejército francés, compuesto de veteranos acostumbrados á vencer en todas partes.

Sosteniase no obstante el ánimo de José, que á las veces habia andado bastante decaido, con los descalabros y alejamiento de nuestros ejércitos, y con las noticias de los triunfos conseguidos por su hermano en Alemania contra el emperador de Austria, que le habia declarado la guerra. Figurábase afirmado en el trono de España; y daba decretos, y adoptaba medidas, presididas unas por la necesidad de sostenerse en el solio, las cuales por lo tanto eran siempre mortíferas para los españoles, y dirigidas otras, con tino ó sin él, á mejorar la organizacion del que él llamaba su reino. Las primeras causaron profundas impresiones, y por lo mismo no se borraron fácilmente de la memoria de muchas familias. De las segundas solo tienen noticia los estudiosos, porque la nacion se sonreia irónicamente, al oir que José y su hermano querian regenerarla: nadie se cuidaba de las disposiciones de un hombre, á quien miraban todos como un rey de farsa; y la nacion repelia indignada una felicidad que no podia conseguirse sin el sacrificio de su dignidad y sin mancillar su ínclito nombre.

CAPITULO XI.

Partidas en Navarra, Aragon y las dos Castillas.—Nombra la Junta Central una comision ejecutiva.—Defensa de Astorga.—Batalla de Tamames.—De Ocaña.—De Medina del Campo.—De Alva de Tormes.

Admirable por cierto era la perseverancia de los españoles en repeler la fuerza de los agresores. Las huestes enemigas, si bien vencidas algunas veces, las mas quedaban victoriosas, ó por lo menos lograban desorganizar y dispersar nuestros ejércitos. Mas no conseguian estas ventajas sino á mucho precio: los españoles cedian al número y mas aventajada condicion de sus enemigos, soldados bien disciplinados, perfectamente armados y equipados, y acostumbrados á guerrear por muchos años; pero no cedian sin causar al enemigo daños considerables, supliendo el valor y el patriotismo la falta de medios y de aquella pericia en la guerra que se adquiere con el hábito de pelear. Bajaba de este modo muy notablemente el número de soldados enemigos, al paso que la Es-